

UN HOMBRE QUE PROMETIA

CON la estruendosa aparición de los papeles del Pentágono, saltaba a la vida pública el hombre que se responsabilizó de haberlos copiado y entregado a la prensa; Daniel Ellsberg se convertía en el enemigo favorito de la Casa Blanca y en el héroe más discutido del movimiento antibelicista. En los tres años que han seguido, Ellsberg ha continuado su infatigable cruzada contra la intervención norteamericana en Asia y la actuación total de la Administración Nixon mediante conferencias, escritos y entrevistas (1). Su pasado como prestigioso experto de la Rand Corporation y sus etapas al servicio de la Casa Blanca y el Pentágono, respaldan sus revelaciones sobre los motivos y métodos de la política USA durante los últimos quince años. Especialmente aleccionador es el relato de sus experiencias con Henry Kissinger. Ellsberg trabajó en diversas ocasiones para el actual secretario de Estado, antes de abandonar la «defense community», esa élite intelectual que participa en la elaboración de la política exterior americana. Su evolución ha sido inversa a la de Kissinger, un hombre que, aunque hoy parezca sorprendente, en 1967 opinaba que los Estados Unidos deberían abandonar Vietnam del Sur con la sola condición del llamado «intervalo decente» entre la retirada y la toma del poder por el Vietcong (una posición atrevida en los días en que incluso Robert Kennedy y Eugene McCarthy hablaban de la necesidad de establecer un gobierno de coalición), que en 1968 declaraba públicamente que «Richard Nixon no tiene capacidad para ser Presidente» y que al año siguiente, al ser designado consejero especial para Asuntos de Seguridad Nacional, confiaba a sus colegas y amigos que su presencia en la Administración evitaría que Nixon fuera desbordado por los elementos de la extrema derecha (aunque es necesario poner una nota de duda sobre estas afirmaciones, teniendo en cuenta que provienen de un especialista en relaciones públicas, que posee un enorme talento para engañar y desarmar a sus oponentes).

El Centro de Asuntos Internacionales de Harvard fue el escenario del primer contacto directo de Ellsberg y Kissinger, cuando este último poseía cierta reputación por su teoría de la guerra nuclear limitada.

(1) Especialmente en una extensa conversación con Jann Wenner, director de «Rolling Stone», de donde están tomadas la mayor parte de las declaraciones reproducidas aquí.

Ellsberg no estaba muy impresionado por la nueva estrella de la comunidad de la defensa:

«Kissinger no tenía ninguna originalidad como intelectual. Había leído todos sus trabajos, dado que estaban dentro del campo en que yo estaba trabajando, y consideraba que eran extremadamente derivados. No eran más que exposiciones claras y bien escritas de las ideas de otras personas, acompañadas a veces de crítica analítica. Cambiaba sus fuentes de inspiración de libro a libro, y la calidad de éstos dependía enormemente de la calidad de las fuentes que utilizaba por entonces.

«Nixon estaba impresionado por su primer libro («Nuclear weapons and foreign policy»), y le dio gran publicidad al aparecer en la primera página del «New York Times» con el libro bajo el brazo cuando entrebía a una reunión del Consejo Nacional de Seguridad. Ese libro estaba muy influenciado por Edward Teller, el general Gavin y otros

miembros de la Fuerza Aérea que defendían el concepto de la guerra limitada. También se basaba en Bill Kaufman y Bernard Brodie, un compañero mío de Rand. Posteriormente escribió otro libro —en el cual, por cierto, cambió temporalmente su pensamiento sobre las armas nucleares—, que tenía una influencia muy fuerte de gente que trabajaba en Rand conmigo, tales como Albert Wohlstetter, Herman Kahn y Tom Schelling. Algunos de sus artículos sobre el control de armas estaban tomados casi literalmente de trabajos de Tom Schelling.

«Nunca reconocía de forma clara sus fuentes y usaba una curiosa estratagema para ocultarlas mediante la inclusión de autores en forma equívoca. Así, incluía referencias a obras secundarias de los autores en que se basaba y también obras que no había utilizado, pero sin mencionar las obras que estaba parafraseando. Quería que se le considerase no sólo como una potencia intelectual —lo que era, al

menos en sus facetas de crítico y comentarista, y eso ya era bastante para destacar en los círculos académicos—, sino también como un pensador original, una persona creadora. Sus pretensiones le han debido causar una cierta tensión durante todos estos años».

Ellsberg dio dos conferencias al grupo de Kissinger: «La teoría y práctica del chantaje» y «Los usos políticos de la locura». En ambas se estudiaban las tácticas de Hitler para apoderarse de Austria y Checoslovaquia mediante amenazas. Hoy, Ellsberg se horroriza del uso que su oyente hizo de aquellas enseñanzas (Kissinger: «He aprendido más de Ellsberg sobre negociar, que de cualquiera otra persona»), ya que está seguro que la motivación de la desastrosa invasión de Camboya fue demostrar a los aliados de Hanoi que los Estados Unidos podían reaccionar de forma imprevisible, lo que añadía un nuevo elemento de intimidación.

Daniel Ellsberg volvió a entablar relaciones con el doctor Kissinger en Vietnam, cuando éste llegó allí en 1965 enviado por Henry Cabot Lodge para obtener un informe de primera mano sobre la situación. A diferencia de otros visitantes, Kissinger tomó en cuenta las recomendaciones de Ellsberg de no conformarse con las versiones oficiales y hablar privadamente con el mayor número posible de participantes en la guerra:

«Mac Namara hizo muchos viajes, pero siempre hablaba con los consejeros de cada distrito en presencia del general encargado de la región y no se daba cuenta de lo mucho que le engañaban. Kissinger habló con la gente que yo le sugerí. El es un indagador inteligente e incisivo, toma notas, escucha atentamente y aprende con rapidez. En un par de visitas adquirió un gran conocimiento de la situación. Consecuentemente, fue tomando una postura escéptica. En contraste con la gente de Washington, tenía una visión realista y sabía que era improbable que la situación mejorase. Eso me hizo pensar que era un hombre con el cual se podía contar».

Kissinger se marchó con unas conclusiones tan pesimistas que el propio general Westmoreland ordenó un informe completo de todo lo que se le había dicho en sus visitas. Desgraciadamente, las objeciones de Kissinger eran más pragmáticas que morales, a pesar de que proclamaba que «en Vietnam aprendí más de Ellsberg que de cualquier otra persona».

Años más tarde, cuando mister Kissinger era el consejero especial del Presidente, Ellsberg recibió a través de la Rand su encar-





Ellsberg se asombra de que Kissinger haya salido puro y sonriente del pegajoso asunto Watergate.

Diego A. Manrique

demasiadas preguntas. Ellsberg abandonó Washington totalmente desilusionado, dudando de que su colaboración hubiera tenido algún efecto. Los inquilinos de la Casa Blanca no aspiraban a alcanzar una comprensión del problema y rechazaban sin remordimientos los trabajos de los expertos, que demostraban la inutilidad de su política.

Henry pierde la calma

Ellsberg estaba disfrutando de la luna de miel de su segundo matrimonio cuando se le presentó la oportunidad de visitar San Clemente en compañía de un amigo que iba a entrevistarse con Kissinger. Aunque éste se negó a hablar de Vietnam en su presencia, le invitó a volver. En su tercera visita a la Casa Blanca californiana, Ellsberg le planteó si se había molestado en leer el estudio Mac Namara sobre Vietnam (más conocido a partir de su difusión pública como «Los papeles del Pentágono»):

«Me respondió que no. Y dijo: «¿Pero verdaderamente hay algo que aprender de ese estudio?». Me quedé helado. La lección principal del estudio era que cada persona había seguido la misma pauta en sus decisiones y repetido una política similar a la de sus predecesores, sin darse cuenta de ello. Vi claramente que tenía la misma actitud mental de todos los anteriores participantes de este largo proceso, cada uno

de los cuales había creído que la historia empezaba con ellos y que no tenían nada que aprender de lo que les había sucedido a los que estuvieron anteriormente en su puesto».

A resultas de estas conversaciones, Kissinger pidió a Ellsberg que le visitara en Washington, a gastos pagados. Se hizo una cita, pero el consejero presidencial la canceló. Lo mismo ocurrió con las dos citas siguientes y Ellsberg comprendió que su opinión no era realmente necesaria, que Kissinger deseaba utilizarle para demostrar que se entrevistaba con sus críticos y que estaba abierto a todas las opiniones. Su secretaria le volvió a llamar para que designara otra fecha e insistiendo en que Mr. Kissinger tenía grandes deseos de verle, pero Ellsberg no se molestó en hacerlo.

En los meses siguientes, Ellsberg aumentó su actividad contra la prolongación de la guerra. Habían comenzado los bombardeos de Hanoi y no tuvo inconveniente en presentarse en Minneapolis como testigo de la defensa de los Ocho de Minnesota, un grupo de activistas capturados en una incursión contra un centro de reclutamiento. Noam Chomsky no podía presentarse y sugirió a Ellsberg como sustituto. Allí se enteró de cómo funcionaban las pequeñas venganzas de la eminencia gris de Nixon: a pesar de que su participación como colaborador de la Casa Blanca era un secreto, Kissinger, inopinadamente, se refirió a él, en una entrevista con un periodista del «Washington

Post», como uno de los arquitectos de la política USA en Vietnam. Era un intento burdo de desprestigiarle y el mismo Kissinger le pidió disculpas en su siguiente —y definitivo— encuentro. Este tuvo lugar con ocasión de una conferencia en el Massachusetts Institute of Technology, a la que acudían estudiantes y hombres de empresa inquietos por el efecto de la guerra en la sociedad americana. Kissinger dio una explicación de la política americana y demostró una vez más su increíble facilidad para presentarse a sí mismo como un instrumento de la Historia. Después de todo, él no podía dejar de tener simpatías por los movimientos revolucionarios, pero su inevitable efecto es la alteración de la estabilidad mundial y la tragedia de nuestro siglo es la necesidad de aplastarlos por la fuerza. A Estados Unidos le correspondía intervenir si se deseaba llegar a una era de tranquilidad y prosperidad similar a la de Europa tras el Congreso de Viena. El nuevo Metternich continuó hablando de que la guerra estaba decreciendo en realidad (esto era en enero de 1971). Ellsberg cuenta lo que pasó después:

«Le hicieron algunas preguntas que respondió de forma convincente y con gran aplomo. Yo había decidido hacerle una pregunta, ya que imaginaba que sería la última oportunidad para hablar con él.

«—Tengo una pregunta, pero quisiera hacer un comentario antes. Has dicho que la Casa Blanca no es un lugar donde se pueda filosofar sobre moral, pero la realidad es que educa a la gente por todo lo que hace y todo lo que dice o no dice. Específicamente, esta noche se están expresando sus prioridades cuando dices que la guerra está terminando y mencionas las cifras de bajas americanas y de tropas nuestras destacadas allí. Has dejado de mencionar las bajas de indochinos, el número de refugiados y las toneladas de bombas, todo lo cual está ascendiendo. Estás diciendo al pueblo americano que no se deben preocupar por el efecto sobre la gente de Indochina y les invitas a que apoyen decisiones que ignoran este efecto. Bien, sólo tengo una pregunta: ¿cuál es tu estimación del número de indochinos que mataremos, siguiendo la política actual, en los próximos doce meses?»

«Esto le dejó totalmente aturrido. Fue una sorpresa para el público, porque era la primera vez que demostraba falta de seguridad. Por segundos, pareció que iba a dar la vuelta y echarse a andar, pero me miró de forma penetrante y dijo, en tono acusador:

«—Esa pregunta está formulada muy astutamente.

«Me puse algo irritado:

«—No estoy tratando de ser astuto. Esta es una cuestión fundamental. ¿Puedes responderla?»

«—¿Nos estás acusando de mantener una política racista?»

«—No es una cuestión de razas. Lo diré de otra forma: ¿cuán-



En junio de 1971, con la publicación de los papeles del Pentágono, Ellsberg pasaba a la lista negra de la Casa Blanca con puesto de honor. Nixon le describía como un traidor y posible espía que fingía obrar por razones de conciencia.

go secreto (se sabía ya su oposición a la guerra y la Administración no deseaba verse asociada públicamente con uno de sus incipientes enemigos) para estudiar las diversas opciones existentes en el asunto de Vietnam. Durante varios meses, Ellsberg se entrevistó frecuentemente con él y preparó varios estudios para asegurarse de que el nuevo Presidente y su consejero tuvieran la información más veraz posible. Pero Kissinger ya no formaba parte del grupo de palomas y pidió que se eliminara del estudio de opciones la de retirada unilateral. Posteriormente, las sugerencias de Ellsberg para nuevos estudios también fueron rechazadas, alegando que ya se habían hecho



**FONDO DE CULTURA
ECONOMICA
EDITA YA EN ESPAÑA**

EN TODAS LAS LIBRERIAS:

HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL DE LA EDAD MEDIA, de Henri Pirenne. (Duodécima reimpresión, primera en España). 272 páginas. 136 pesetas.

«Frente a la admirable síntesis de historia económica que acaba de escribir Pirenne, un comentarista debe, honestamente, confesar su embarazo. ¿Es necesario repetir el valor de las cualidades que hacen de cada una de las obras del gran sabio belga, desde su aparición, en el sentido propio de la palabra, un clásico de nuestra literatura?». (Marc Bloch.)

APARICION INMINENTE:

HISTORIA DE LA PEDAGOGIA, de Nicola Abbagnano y A. Visalberghi. (Colección de Filosofía). 712 páginas.

ANTROPOLOGIA, de C. Kluckhohn. (Colección Brevarios, número 13). 328 páginas.)

BUDISMO ZEN Y PSICOANALISIS, de Erich Fromm y D. T. Suzuki. (Colección de Psicología y Psicoanálisis). 156 páginas.

POLITICA Y GOBIERNO, de K. Deutsch. (Colección Política y Derecho). 1.ª edición.

FILOSOFIA POLITICA, de A. Quinton. (Colección Brevarios). 1.ª edición.

FONDO DE CULTURA
ECONOMICA

Menéndez Pelayo, 7.
MADRID-9.

Buenos Aires, 16.
BARCELONA-15.

UN HOMBRE QUE PROMETIA

tos seres humanos mataremos en los próximos meses si mantenemos la política actual?

«Lo pensó durante un minuto. Repentinamente, explotó:

«¿Y cuál es tu alternativa?»

«—Henry, conozco muy bien el lenguaje de las alternativas y de las opciones, pero no tiene que ver nada con mi pregunta. Estoy preguntando tu estimación de las consecuencias en pérdidas humanas de la política americana en el próximo año. ¿Tienes una respuesta o no?»

«Hubo otro largo silencio y el moderador del debate se levantó para dar por terminada la reunión. Los hombres de negocios que estaban allí se indignaron ante el incidente y redactaron una energética resolución contra los bombardeos, describiéndolos como un acto criminal. Era asombroso que se atrevieran a hacer esto, ya que casi todos eran republicanos liberales que sólo ansiaban ponerse en buenos términos con la generación de sus hijos.

«Al día siguiente, nos enteramos de que en el mismo momento que nos decía que la guerra estaba terminando, comenzaban secretamente los bombardeos preparatorios de la invasión de Laos».

Watergate

En junio de 1971, con la publicación de los papeles del Pentágono, Ellsberg pasaba a la lista negra de la Casa Blanca con puesto de honor. Nixon le describía como «un nuevo Alger Hiss», otro traidor y posible espía que fingía obrar por razones de conciencia al que era necesario desenmascarar. En consecuencia, sus subordinados realizaron una campaña de hostigamiento, investigación, ataques físicos (frustrados) y calumnias. Todo eso es ya historia, pero aún quedan recuerdos de los esfuerzos para eliminar al incómodo enemigo y a todos los que intentaran imitarle: en el Comité Judicial del Senado está un amplio proyecto de Ley redactado por John Mitchell y John Dean —dos antiguos favoritos de Nixon que ingresarán próximamente en la cárcel por su participación en el caso Watergate—, en el que, junto a otras intolerables medidas represivas, se castigaría hasta con ocho años de prisión la difusión de cualquier documento que ostente un sello gubernamental clasificándolo como secreto.

Uno de los aspectos oscuros de la ofensiva contra Ellsberg es el

papel de Kissinger. Richard Helms, el entonces director de la CIA, testificó que su organización recibió el encargo de realizar un estudio psiquiátrico de Ellsberg directamente del curioso Henry. ¿Quién sugirió a Howard Hunt el robo de la oficina del psiquiatra personal del «traidor»?

Ellsberg se asombra de que Kissinger haya salido puro y sonriente de entre todo el pegajoso asunto Watergate, cuando se sabe que, al menos, fue el instigador de un extenso programa de intervención de teléfonos:

«Su primera reacción fue proclamar que no tenía nada que ver con el asunto. Luego resultó que él era quien determinaba qué personas debían ser controladas. Igualmente, la historia de que Kissinger estaba preocupado por las filtraciones de información, es algo absurda cuando consideras los periodistas que estaban siendo investigados. Eran los mismos periodistas a los que Kissinger pasaba información regularmente. No, el plan obedecía a objetos más amplios. Un ayudante de la Casa Blanca ha revelado que Kissinger deseaba saber si esos periodistas y sus propios ayudantes le eran verdaderamente fieles. Y quería saber si disponían de otras fuentes que pudieran contradecir lo que les estaba diciendo. Imagina el poder que Kissinger tenía para manipular a aquellas personas con las que estaba hablando diaria o semanalmente, cuando sabía secretamente lo que decían a sus amigos y compañeros. En otras palabras, con los resúmenes que le preparaban de cada teléfono intervenido, podría saber si esos periodistas le creían, qué era lo que debía recalcar y cómo modificar sus ideas en una forma discreta y persuasiva para que ellos no se apercebaran de que se basaba en la información secreta obtenida ilegalmente. De hecho, gentes del FBI dicen que él mismo pidió directamente que se controlaran estos teléfonos y que ellos, preocupados por la importancia de lo solicitado, respondieron que se necesitaba autorización del Presidente. Entonces fue cuando habló con Nixon y le envolvió en sus planes. Personalmente estoy seguro que escuchaban mi teléfono desde antes de la aparición de los papeles del Pentágono. El "Washington Post" ha informado que me escuchaban desde mayo.

«Kissinger se ha salvado de la catástrofe de Watergate, negando que tuviera algo que ver con el

asunto y no ha aparecido nada que le implique directamente. Por otra parte, tiene la mejor operación de relaciones públicas de toda la Administración Nixon y, posiblemente, de cualquiera otra Administración de nuestro siglo. El sabe manejar a la gente de los medios de comunicación; muchos de ellos aspiran a formar parte del ejecutivo. Kissinger les ofrece ese papel de una forma muy seductora. Lo suele hacer con directores y propietarios de grandes publicaciones, con lo que su influencia llega a redactores y comentaristas. Así está relativamente inmune a críticas».

Le ministre Papillon, fin, faux et fanfaron

Kissinger hace suya la concepción de la política de Metternich: los conflictos entre los grandes poderes deben ser resueltos por un grupo selecto de personas que compartan su sentido místico de la historia. Al «Paris-Match» confiaba que «la política exterior atañe a un pequeño número de hombres que actúan en secreto y cuya soledad y angustia es similar a las de los artistas». En otra entrevista concedida a la hábil periodista italiana Oriana Fallaci, decía que se veía a sí mismo como el «cow-boy» que llega solitario a un pueblo, el personaje romántico de América por excelencia.

Por haber nacido en Alemania, Kissinger no puede aspirar a la presidencia del país que le adoptó. Sin embargo, algunos republicanos están moviendo los hilos para que se elimine esta condición, ya que ven en el actual secretario de Estado la única esperanza de sacar su partido del sucio charco adonde le ha llevado Richard Nixon. La visión de Kissinger como Presidente provoca escalofríos en Daniel Ellsberg (2):

«Mi impresión es que no merece que se le atribuyan los logros de la Administración Nixon en materia de relaciones exteriores;

(2) Ellsberg ve a un Henry Kissinger mucho más siniestro que el paradójico personaje que se perfila en el inteligente estudio de David Landau, «Kissinger: los usos del poder» (Ed. Grijalbo). Landau, a pesar de no haberse encontrado personalmente con su personaje, parece haber caído bajo el legendario poder de fascinación del «herr Doktor» al aceptar como sinceras muchas de sus declaraciones públicas.

si merece una condena total por muchas de sus acciones.

«Comencemos por lo mejor. Me parece probable que la iniciativa en el cambio de nuestras relaciones con los chinos fue tomada por ellos mismos —Chu En Lai en particular— y que esto se debe a la situación en que se hallan por su conflicto con la Unión Soviética. En segundo lugar, hay abundantes indicios de que Nixon concibió la posibilidad de entablar relaciones con China mucho antes de que trabajara con Kissinger y antes de que fuera Presidente. Ya en 1967 ó 1968 habló de ello e incluso lo mencionó en su artículo sobre política extranjera. Mi sospecha es que, por parte americana, el promotor fue el mismo Nixon y que Kissinger hizo lo que se le ordenaba. Baso esto en conversaciones con gente que estaba en la Administración, informaciones pasadas a periodistas y algunos detalles significativos. Además, no hubo nada que exigiera negociaciones serias. Esencialmente, el compromiso era que se mejorase la atmósfera entre ambos gobiernos, para que unos y otros pudieran hablar sin recelos. El contenido no tenía tanta importancia. Por lo que se sabe, ningún arreglo se planeó allí con respecto a Vietnam. El único problema complejo era presentar nuestra nueva política al Japón y la China Nacionalista, y esto fue hecho desastrosamente.

«Con respecto a Rusia, su mayor logro fue retrasar los acuerdos de las SALT (Conservaciones para la Limitación de Armas Estratégicas) durante tres años. Habían podido llegar a un acuerdo en 1969, usando un plan preparado por el gobierno americano en 1968. Existe la impresión de que Kissinger se negó a aceptar el acuerdo de 1969 porque venía de Johnson y debía ser modificado. El efecto crucial de este retraso fue que los rusos siguieron adelante con el desarrollo de los MIRV (3). Esto hubiera podido

(3) Un Multiple Independently Targeted Reentry Vehicle (versión Poseidón) es un misil de largo alcance que transporta al menos diez cabezas atómicas, cada una de las cuales equivale a 50.000 toneladas de TNT, o más del doble de la potencia de la bomba de Hiroshima. Cada cabeza puede ser depositada en un objetivo diferente, sin que los actuales sistemas de defensa puedan hacer mucho por detenerlas. Por su facultad de distribuir su carga destructora con gran precisión, los MIRV están considerados como un «notable avance» sobre las grandes bombas de los primeros misiles.



ser evitado llegando a un acuerdo en 1969, pero entonces se insistió en que era necesario que siguiéramos con nuestros experimentos para crear ese arma terrible. Kissinger nunca tuvo demasiados deseos de llegar a un acuerdo de limitación de armas de ningún tipo. Su efecto en este sector ha sido terrible, verdaderamente terrible.

«Sobre Vietnam, las decisiones de Kissinger no sólo han sido desastrosas, sino también criminales en todos los aspectos. Sus órdenes han sido estúpidas, ciegas, arrogantes y auténticamente homicidas. Estamos hablando de hombres que tiraron cuatro millones de bombas sobre una pequeña parte de Asia. Recuerdo que en diciembre de 1968 estuve hablando en el hotel Pierre con Henry, respecto a las tácticas posibles en Vietnam. Le decía que la amenaza de la escalada no tenía valor para los norvietnamitas, que habían aguantado años de bombardeos. Me respondió que sin la amenaza de escalar la guerra no sería posible llegar a un acuerdo. Cinco años después estaba en el Congreso con expresión preocupada, pidiendo que no se cortasen los bombardeos de Camboya, ya que eso le quitaría el poder para negociar con el enemigo...

«En las conversaciones sobre Vietnam había sitio para un negociador hábil y doy por sentado que Kissinger es un negociador capaz, al menos en términos de talento. ¿Pero qué espacio tenía para moverse? Los límites puestos por Nixon y él mismo impidieron la realización de un acuerdo durante los tres primeros años, así que su talento en este período no valió para nada. Al final, cuando están dispuestos a zanjar la cuestión, dado que su habilidad sirviera para algo. Como se pudo ver, todos los avances y retrocesos en las negocia-

ciones eran una comedia. Como diplomático, sólo la diplomacia doméstica de la Administración necesitaba el talento de Kissinger como timador para engañar a periodistas, comentaristas y miembros del Congreso. En esto sí que se hizo un buen trabajo, ya que ganó tiempo logró apoyo y ocultó a todos la verdadera naturaleza de sus esfuerzos: convencer al pueblo americano de la necesidad de prolongar una guerra que iba en escalada y no parecía tener fin. Eso hizo desde 1969 a 1973 y todavía están allí de una u otra forma.

«Después de que Kissinger declarara el 26 de octubre que la paz estaba cerca, respiré tranquilo. No se me ocurrió pensar que alguien pudiera jugar con los deseos de la nación hasta el punto de afirmar eso antes de las elecciones, sabiendo que no era cierto. Los terribles bombardeos de Hanoi en diciembre me hicieron perder toda la poca confianza que en él tenía. Creo que los bombardeos tenían una función particularmente cínica: hacer que pareciera que la estrategia nixoniana de bombardeos y amenazas durante cuatro años había logrado llevarlos al fin a firmar un acuerdo. Piensa que en octubre se había detenido la escalada. De hecho, el nivel de bombardeos había bajado y se aceptaba que el acuerdo significaría una moderación en las exigencias de ambas partes, como estaba ocurriendo. En Washington se comprendía que las minas en Haiphong y los bombardeos constantes no habían logrado ninguno de los objetivos. Así que Kissinger y Nixon se prepararon a aceptar un compromiso por el cual los norvietnamitas no estaban obligados a retirar sus tropas, lo cual había sido su petición esencial desde 1969. Pero estaban incómodos por verse obligados a firmar un compromiso que resultaba obviamente de reducir sus peticiones de cuatro años, así que ordenaron que los B-52 lanzaran su carga sobre áreas enormemente pobladas, y este es uno de los actos más sanguinarios del siglo XX. Así se firmó un arreglo —que era esencialmente el mismo al que habían llegado antes de los bombardeos de Navidad—, que Nixon y Kissinger podían atribuir a todos los bombardeos y demás acciones militares anteriores. Desgraciadamente, creo que consiguieron engañar al pueblo americano». ■
D. A. M.

TROFEOS Y PREMIOS EN CONMEMORACION DEL 50 DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

CUATRO TROFEOS de plata, dotados con 200.000 pesetas cada uno, para premiar la más positiva labor en las actividades siguientes:

LITERATURA.—Para un trabajo de "Investigación histórica y literaria sobre temas o biografías relacionados con Córdoba o Jaén".

INVESTIGACION.—Destinado a galardonar el mejor trabajo original sobre "Desarrollo económico y social de las provincias de Córdoba o Jaén".

EDUCACION.—Para la mejor tesis doctoral sobre "Biología aplicada" leída y aprobada en los cursos académicos 70/71, 71/72 y 72/73, o antes del 31 de julio de 1974.

ARTE (Arquitectura).—"Concurso de ideas para una colonia veraniega en la Sierra de Córdoba" (Colegiados de Córdoba y Jaén).

El plazo de admisión de trabajos finalizará el día 30 de septiembre de 1974.

Para obtener las bases y cuanto se relacione con estos premios, pueden dirigirse a:

MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS DE CORDOBA

Departamento de Relaciones Públicas.
Avenida del Generalísimo, 22.

CORDOBA